

vaticinio que afortunadamente se ha cumplido.

«Francisco González Guerrero, entre sus camaradas, es el de más saliente personalidad y el de mayor cultura, que acrecienta cada día gracias a su loable perseverancia y a su hurañía. Ha aprendido a estar solo, y esta gran cualidad lo coloca en el primer sitio entre sus compañeros de grupo».

«Su poesía es serena, de un subjetivismo que viene de los poetas franceses contemporáneos. Le son familiares Charles Guerin, Rimbaud, Lucie de la Rue Mardrus, Jammes, Ernest Lejeuneusse, etc., tanto, que algunas veces ha traducido composiciones de varios de ellos. Es posible augurar a González Guerrero un sitio preeminente en la nueva lírica; pero también se puede predecir que sus versos nunca llegarán a la multitud. Serán arquillas preciosas pero guardadas solamente por manos dilectas».

«González Guerrero produce poco. ¿Por negligencia o por preciosismo? Por ambas cosas a la par. Entregado a provechosas lecturas, cuidase más de acopiar conocimientos que de dar a la musa un momento de palique. Ello, naturalmente, redundará en provecho del mismo y de su producción ulterior».

La profecía se ha realizado, y, ahora, en su plena fuerza varonil, el bardo jalisciense que recolectó a brazadas las mieses de sus campiñas juveniles, ha espigado en ellas y presenta un joyante ramillete que coloca uncioso en el ara divina; *Ad altare Dei*.

Lo que antaño no hubiera cabido en un búcaro por su agreste opulencia, hoy, ya libre de briznas, de brotes aunque gentiles prematuros, de la hojazón no por exúbera menos superflua, en un haz sobrio pero elegante, en el que ponen sus matices desde el múrice de los mirtos eróticos hasta el desmayado azul de las ojerosas violetas del recuerdo.

Allí se aprietan la mejorana y el tomillo clásicos y la rosa *up-to-day* cultivada en los jardines del vanguardismo; el heliotropo romántico y la margarita rubendariana; la *florequita* franciscana tan cultivada por ciertos poetas panteítas y la acacia parisina. Pero también lucen triunfalmente sus pétalos las flores vernáculas, agresivas de tonos y capitosas de aromas lujuriantes.

Sí; este es un ramo digno del altar de una deidad, y su autor, ya sabio en los achaques literarios y diestro por constantes disciplinas en el noble oficio de «pensar alto», escogió con pericia su ofrenda votiva cuando el sol brilla en el cenit y todos los pájaros trovan a la gloria del día.

González Guerrero, que nació en un puebluco de Jalisco, en San Sebastián, situado al Sur de aquellas hermosas tierras, aprendió las primeras letras en su villorio natal y luego pasó al *Liceo de Varones* de Guadalajara y más tarde a la normal de México.

En esta escuela profesaba la cátedra de Literatura uno de nuestros máximos poetas—Rafael López—quien supo orientar las inclinaciones de González Guerrero por los senderos del buen gusto y

de la modernidad. Con delectación paternal, el bardo de *La Bestia de Oro* encaminó aquel temperamento singular hacia derroteros seguros, y, dándole el espaldarazo consagrador, lo armó caballero del Ideal y de la Belleza.

Dispersa anduvo la labor de González Guerrero en revistas y periódicos, hasta hoy que, depurada, la ha recogido en el libro *Ad altare Dei*.

¡Caso digno de anotarse en nuestro medio de grafómanos y de timadores literarios!... Sin que hubiera publicado obra alguna, González Guerrero era considerado ya como uno de los poetas más hechos de la nueva generación, «un poeta acabado, de recia cultura y de auténtica inspiración», como atinadamente ha dicho de él Enrique Fernández Ledesma.

González Guerrero, a quien llamó «jardinero de silencios» su maestro Rafael López, nos ha dado con su libro una prueba incontrovertible de su respeto al arte y su seriedad como escritor. Jiménez Rueda señaló como cualidad esencial de su obra, la probidad, que ya hemos anotado.

De ella nos continuará dando muestras en sus próximos libros. Sabemos que tiene tres más inéditos: *Regreso*, *Fuente de Alegría* y el más interesante de todos; *Versos a pulso*, inspirado en los movimientos revolucionarios que han conmovido a la República...

Aguardamos este último volumen con curiosa espera, porque hasta hora la revolución no ha encontrado su poeta. Quienes se han proclamado a sí mismos voceros líricos de nuestros movimientos reivindicadores, no la han sentido o han carecido del aliento magno que piden las modernas epopeyas populares.

¿Nos dará esta grata sorpresa González Guerrero?

El poeta que ha hecho versos tan diáfanos y recios como éstos:

La tierra es nueva. Está como en el día
que voló la paloma del Diluvio,

bien puede pulsar la férrea lira de la Revolución.

José de J. Núñez y Domínguez

Poesías de Francisco González Guerrero

=De la obra *Ad altare Dei*. 1912-1922. Editorial CULTURA. México. 1930.=

¡Vida!

Vida!

—la rama en flor—
floreamiento de amor y dolor.

Vida!

—rocío santo—
creo en la luz y la alondra y el canto.

Vida!

—día de fiesta—
sonora y multiforme como orquesta.

Inmensa luz!

—voy ciego por el mundo—
voy ciego de aventura y sitibundo.

Vida!

—divina y fuerte
como la mujer y la muerte—
lleno de fiebre en mis deseos locos,
tiendo los brazos para poseerte.

¡Pero mi alma es pequeña, mis sentidos son
pocos!

Serranilla

Entre las vaqueras
ella no tenía
sino su sonrisa.

No tenía nada
sino su tez de manzana.

No tenía nada
sino dos frutas sazando
almibar en la rama.

Nada
sino un racimo de uvas
y violetas ocultas.

Nada
sino lo que diera
con el gesto del que no da nada.

Yo tenía hambre.

Pastora de vacaciones

1. Pinceladas

Flor del alba en lindo vaso,
la más blanca de la sierra;
lucero en fragante tierra;
alta espiga al campo raso.
Pastora de Garcilaso,
vaquera de Santillana;
del jardín de Dios manzana
—en regalo de serpiente—
asaz deleitosa al diente
hincador de buena gana.

La égloga de hoy, sin frescura,
mal espejo sin alinde,
si intenta, luego prescinde
de retratar su figura.
Lo hiciera, sí, el agua pura
del extático arroyuelo:
él copia al pájaro en vuelo,
la tez de la rosa clara,
y al amanecer la cara
flor de durazno del cielo.

2. Retrato

Tesoro a las mariposas
y a la abeja gambusina,
fogata para la fina
danza de las chuparrosas.
Scila en rutas amorosas,
rubí de música, y casa
del placer en linde escasa.
Y luego en copas un vino
de luz al buen peregrino
que hacia Tierra Santa pasa.

Van por sendas pastoriles
de cencerros cantadores,
ambás movedizas flores
en olor de toronjiles.
La noche envuelta en añiles,
si huérfana de azahares,
para adornar sus altares
solicita la fortuna
de dos pedazos de luna
del Cantar de los Cantares.